

COMO es capaz este hombre, tras una semana agotadora, durante la cual se ha visto obligado a actuar de anfitrión de cincuenta Jefes de Estado invitados, cómo es capaz de encontrar todavía tiempo para concederme tan larga entrevista? («No, no, no se vaya, hablar es combatir...») Junto a la ventana de su despacho, que se abre de par en par sobre el inmenso paisaje de Argel, Houari Boumedién aparece ágil, ameno, elocuente, dispuesto en el diálogo con el invitado extranjero a afinar, a matizar sus ideas, a aclarar sus posturas, pero también decidido a convencer, a afirmarse, a difundir los argumentos que se han convertido en las directrices de la ideología argelina.

¡Qué lejos queda aquel enjuto y pellirojo coronel frioleraamente envuelto en su impermeable deslazado que surgió ante nosotros en Ujda, en marzo de 1962, como un lobo recién salido del bosque! Este hombre que aparece tranquilamente sentado ante nosotros, fumando un buen habano, su pálido rostro ligeramente redondeado, sus ojos oscuros relucientes de ironía bajo la frente en forma de casco, acaba de convertir a Argel, al menos por una semana y tal vez por mucho más tiempo, en capital de un Tercer Mundo que ha dejado de suplicar para aprender, poco a poco, a exigir lo que es suyo.

Produce el personaje una impresión de seguridad tanto más formidable por cuanto nada tiene de vociferante.

Sorprende también el tono que adopta para responder a una pregunta sobre el riesgo de complejo de superioridad y de desmesura que podría correr Argelia después de una conferencia en la que el país ha dejado su marca bien visible: «¿Manía de grandeza? ¡Los argelinos son ya un pueblo tan orgulloso, que no corren peligro de serlo más!».

Superada la broma, Boumedién hace un pequeño análisis: «Somos perfectamente capaces de medir la realidad. Si se ha elegido Argel como sede de esta conferencia y si se le ha concedido a través de mi persona una especie de representación del Tercer Mundo en las Naciones Unidas o en cualquier otro organismo, no es porque seamos más fuertes o más inteligentes que otros, sino porque somos un país verdaderamente no alineado...».

■ ¿Lo sigue siendo después de esta conferencia, después de los intentos de presión, ejercidos sobre todo por parte soviética?

H. B.—Ha habido presiones de todas partes. Las soviéticas han sido las más evidentes. ¿A quién iba dirigida la advertencia de Brejnev? ¿A la totalidad de la conferencia? En ese caso, es un asunto que los concierne a ambos. Pero si iba dirigida a Argelia, sólo puedo calificarla de... (busca la palabra menos polémica posible) ... de absurda.

BUMEDIEN: "SOMOS UN PUEBLO MOLESTO"

■ No tan absurda, tal vez. Brejnev quería frenar el desarrollo de las tesis sobre la doble hegemonía y el doble imperialismo. Se comprende...

H. B.—Es preciso ante todo renunciar a esas delimitaciones de campo. Capitalismo-socialismo... Todos sabemos que se puede ser socialista y rico al mismo tiempo. La riqueza ya implica determinado tipo de comportamiento. ¿Cómo pretender que la gente que ha alcanzado un alto nivel de vida se solidarice con los mendigos, los miserables? Hay que haber estado a punto de morir de hambre, como nosotros, hay que estar aún amenazado por el hambre, para reaccionar fraternalmente ante el hambre ajena y sus consecuencias.

■ ¿Mantendría su solidaridad con los desheredados una Argelia rica?

H. B.—Tal vez no. Es un riesgo que corremos. Pero (ríe abiertamente) tranquilícese, no hay miedo por el momento de que eso ocurra.

■ Usted parece conceder mucha importancia a las definiciones. ¿No es caer en el verbalismo, en el formalismo?

H. B.—En absoluto. Creo, antes bien, que tenemos que ser muy claros y precisar con exactitud los conceptos que forman la base de nuestra estrategia política. Creo que las gentes del hemisferio Sur debemos tener siempre presentes nuestros objetivos, nuestras alianzas y nuestros campos de acción. ¿Por qué cree usted que han venido a Argel tantos Jefes de Estado, muchos más de los que Nixon o Brejnev podrían haber reunido jamás? Se nos ha hecho este honor no por tratarse de Argelia ni por mi cara bonita. No. Si estos Jefes de Estado se han reunido aquí en representación de sus respectivos países, lo han hecho porque se han dado cuenta de que hoy día nadie va a hacer nada por ellos, y mucho menos las grandes potencias. Y además se dan cuenta de que la única y verdadera solidaridad la van a encontrar entre nosotros, en este hemisferio considerado como miserable.

«Lecciones que aprender no nos han faltado. Ahora mismo le puedo mentar cuatro. Primero, Cuba y la crisis del Caribe. Después, Viet-

nam y la guerra de Indochina. Además, Palestina y todo el problema de Oriente Medio. E incluso, aunque se trate de otro continente, también hemos aprendido de Checoslovaquia. Nos hemos dado perfecta cuenta de cómo se comportan las superpotencias; eso, suponiendo que no lo supiéramos antes. Hay muchas personas entre nosotros que, ¿cómo diría yo?, han hecho cursos de reciclaje.

■ Sus palabras sobre la división entre ricos y pobres, la fórmula que usted lanzó el domingo, según la cual la verdadera bomba atómica la constituyen las masas desheredadas del mundo, complacerán sin duda a los chinos...

H. B.—No soy pro-chino. Admiro lo que están haciendo, pero no he encontrado aún el medio de ir a China. Por eso los chinos están resentidos. Nos interesa muchísimo mantener la amistad soviética, aunque me veo obligado a señalar la existencia de dos superpotencias. También he de señalar que las verdaderas divisiones en el mundo contemporáneo —al menos vistas desde Argel, desde este hemisferio en cualquier caso— son económicas, económicas, ya me entiende usted.

■ Ha citado usted Vietnam y Oriente Próximo como ejemplos de rapacidad y egoísmo de las superpotencias. Pero los vietnamitas y los egipcios han recibido buenas partidas de armamento de los soviéticos.

H. B.—Armas... (hace con la cabeza un gesto que poco tiene de militar). Lo que más nos interesa son armas para el desarrollo. De esa forma podremos comprarles chatarra a unos y otros. (La palabra «chatarra», que pronuncia en un tono de voz inimitable, se repite varias veces a lo largo de la conversación; es una palabra plena del sentido que le confiere la larga historia, vivida día tras día, del neocolonialismo y de los propios intentos del Presidente Boumedién por liberar a su país.)

«Lo que más me interesa es establecer con los vendedores de chatarras cierto tipo de relaciones que permitan acabar en mi país con el azote del hambre. Lo que más me importa es el precio que voy a tener que pagar por un trac-

tor y las facilidades que voy a obtener para saldar mi deuda. Yo pago religiosamente. No pido nada a nadie. Pero quiero que esas relaciones sean de igualdad... Que no vengan a hablarnos de «solidaridad proletaria». Nadie puede estar más agradecido que yo a la revolución de octubre, que con el campo socialista tanto ha contribuido a debilitar al imperialismo y a liberar a los pueblos que estaban sometidos a él.

«Pero cuando ustedes los franceses intentaron hacernos ceder en las negociaciones sobre el petróleo y dejaron de comprar nuestro vino, decidimos vendérselo a los países del Este. Pues bien, estos países nos lo compraron a la mitad de su valor. ¿A quién afectaba esa devaluación impuesta? En primer lugar, al Estado socialista argelino, que se encontraba en conflicto con un Estado capitalista. Y también a nuestros trabajadores practicantes de la autogestión y a los proletarios de nuestro país...

■ ¿El encuentro de Argel no significa la intención de ciertos países de constituir un sindicato de pueblos de modo que en adelante ninguno de ellos se sienta aislado y pueda contar con la solidaridad automática de los demás si entra en conflicto con cualquier gran potencia a la hora de liberar su economía o acelerar su desarrollo?

H. B.—Su definición es demasiado combativa, excesivamente negativa. Lo que queremos no es afirmarnos «en contra de», sino «juntos»; por eso nos declaramos dispuestos a todo lo que suponga cooperación, con tal de que sea igualitaria. No creo en la ayuda, más bien la detesto, porque trae consigo desigualdades y desprecio. Los céntimos que me dan me cuestan demasiado caro. Sin embargo, creo en la cooperación. Si Europa comprendiese esto... ¿Ha causado tanto enojo en Francia lo sucedido en Argel? ¿O estoy equivocado el creer lo contrario?

■ Quizá esté algo preocupada porque las decisiones que ustedes han tomado en la conferencia hacen previsible una subida de los precios de las materias primas.

H. B.—Francia seguirá comprándonos petróleo. ¿A quién preocupan todavía estas alzas? Las gran-



Bumedien, junto al egipcio Sadat, en la reciente conferencia de países no alineados, celebrada en Argel.

La Capilla siXtina

EL WATERGATE DE SAN CUCUFATE

En aquellos tiempos tan drásticos de la inmediata posguerra civil fue políticamente modificada la toponimia catalana. Y vimos cómo Sant Quirçe se convertía en San Quirico y Sant Cugat en San Cucufate. Así me lo contó en cierta ocasión Luis Carandell, y así lo cuento. Ahora me viene bien para la rima el resucitar aquella arbitrariedad toponímica, porque en San Cucufate se ha producido un Watergate.

La prensa madrileña ha seguido con gusto y ganas las idas y venidas del teléfono del rector de la Universidad Autónoma de Barcelona (radicada en Bellaterra, al lado de San Cucufate). Según parece, el teléfono ya fue intervenido en tiempos del rector Villar Palasí, y el rector nuevo entró en las suficientes sospechas como para encargar una investigación al detective privado Vélez Troya. El decano de los Hércules Poirot del país descubrió que había una conexión telefónica en la rectoría con un radio de interferencia muy corto. Estalló el escándalo y, según parece, ya se ha llegado a la terminal de la conexión, aunque lo único que puede darse por seguro es que el Presidente Nixon no tiene casi nada que ver con el Watergate de San Cucufate.

El descubrimiento ha sido como un detonador, y por los mentideros de España toda circulan miles de rumores sobre Watergates potenciales. Directivos importantes de la política y la economía han hecho examinar sus teléfonos por si acaso, y los juristas ya han lanzado la batalla especulativa de que la legislación española no "contempla" el problema de la salvaguarda de la intimidad. Otro Watergate casi comprobado es el de una importante entidad bancaria cuyo ex director tenía intervenidos los teléfonos de sus principales colaboradores. Mi informante estaba indignado, y decía una y otra vez: "Menos mal que en muchas ocasiones le menté a la madre mientras telefoneaba a otras

personas. Así se habrá enterado".

De todo esto saco conclusiones graves. A partir de ahora va a prosperar un nuevo tipo de lenguaje telefónico en clave que sólo se estilaba entre los sujetos de la clandestinidad política. Las conversaciones telefónicas se convertirán en un ejercicio de lenguaje cifrado con colofones más o menos desafiantes que se parecerán mucho al castizo "Y m... para el que escuche". A lo menos, que quede el derecho al pataleo. Yo, por si acaso, me he hecho mirar el teléfono por un amigo mecánico de la Telefónica.

—No está intervenido.

Así se lo he comunicado a Encarna.

—¿Y para qué le iban a intervenir a usted el teléfono, vamos a ver?

—Hombre, pues no sé. Por si acaso. Al fin y al cabo yo influjo sobre la conciencia colectiva del país...

—¿Qué va usted a influir! Lo que me faltaba. Que usted también tuviera veleidades de "fantasma". Los teléfonos se intervienen a gentes a las que vale la pena intervenirlos.

Este exabrupto de la bestia de Encarna me ha servido para pasar a mayores en mi forcejeo lógico y preguntarme: ¿Por qué le habrán intervenido el teléfono al rector de la Universidad Autónoma de Barcelona? ¿Qué fuerzas ocultas puede manejar un rector de Universidad? ¿Era don Vicente Villar Palasí un hombre objetivamente peligroso?

Es muy probable que se trate de una medida torpe y pequeña, producto de una mal digerida contemplación de películas norteamericanas o italianas y de una voluntad de jugar al control ajeno. Pero nos pone sobre la pista de que Watergate está entre nosotros, y que si el de San Cucufate se presta a un cierto cachondeo, otros habrá más graves, más determinantes, que no han tenido ni tendrán su Hércules Poirot que los descubra.

SIXTO CAMARA

des potencias deben aprender de una vez, si es que aún no han aprendido, a dejar de enriquecerse a base del tratamiento y comercialización del producto. Hay algo que a nosotros los argelinos nos interesa muy especialmente, y es vender cada vez menos crudos y cada vez más petróleo transformado de distintas maneras: así les haríamos a ustedes los europeos un gran servicio evitándoles la contaminación.

■ ¿Buscaban ustedes en Argel un nuevo equilibrio mundial?

H. B.—Sí. Está bien claro, tanto para nosotros como para ustedes, que el supuesto equilibrio de los dos superpotencias, el que llaman «del terror», es en realidad un falso equilibrio, un profundo desequilibrio, ya que no tiene en cuenta la multiplicidad de fuerzas y corrientes que existen en el mundo. No solamente existen los Estados Unidos, Rusia, también están Europa, China y el Japón, y quizá mañana, ¿quién sabe?, quizá el Tercer Mundo... Y un equilibrio que ledeña esas fuerzas inagotables la inestabilidad está abocado a la ruina...

■ ¿Ha tenido usted que enfrentarse durante la conferencia a muchas divergencias y contradicciones internas?

H. B.—Por supuesto. Al igual que ocurre en las zonas socialistas, también hay ricos en los países pobres. Pero estoy sorprendido por la evolución de las mentalidades

africanas y por la solidaridad que se ha afirmado finalmente entre los africanos, gracias quizá a las Naciones Unidas. Y gracias también a las presiones imperialistas, a las batallas de la retaguardia del viejo colonialismo. La conciencia africana progresa sin cesar.

■ ¿Usted cree haber infligido una derrota a Israel?

H. B.—Sí. Y menos en razón de las decisiones adoptadas, que son buenas, que por el siguiente hecho: Israel no ha podido encontrar un abogado, ni uno solo, dispuesto a defender su tesis. Se jactaba de poder reunir una contra-conferencia simultánea a la de Argel, una contra-conferencia de Estados afroasiáticos favorables a sus puntos de vista. Y no ha podido. Eso supone una buena lección.

■ ¿Piensa usted que su Régimen saldrá fortalecido de esta conferencia?

H. B.—No lo necesitábamos. Hemos encontrado la estabilidad interior y exterior, que no existía en absoluto en la época de Ben Bella. Mis reacciones frente a la reciente conferencia son más bien las de un ciudadano del mundo de los humillados que las de un argelino. Con la única diferencia de que me alegro de este encuentro que hemos mantenido frente al mundo: el pueblo argelino es un pueblo que resulta molesto, un pueblo que no está dispuesto a alinearse, un pueblo rebelde. ■ Palabras recogidas por JEAN LACOUTURE.